

# Muerte en el lago

Ángel Núñez



Image not found.

## Capítulo 1

Como surgido de la oscuridad más profunda, de la inexistencia, despertó. La luz frente a él era intensa. No podía imaginarse que estaba vivo. Se preguntó dónde estaba y porqué la luz seguía brillando atronadoramente, aún cuando cerraba los ojos.

Su primera reacción fue sacudirse, mirar a su alrededor, identificar algo. En el absoluto silencio pudo oír sus venas latir. No recordaba cómo había llegado ahí. Surgieron, de un momento a otro, los primeros balbuceos en su mente y el deseo de huir. En su pecho las palpitaciones aumentaron. Estaba acostado, con el cráneo descansando sobre un respaldo. Sus manos y sus pies estaban aprisionados al lecho con firmeza. El oxígeno que entraba por su boca era apenas el suficiente para mantenerlo despierto. Pero lo que más lo inquietaba era la luz, imponente cual sol, ocupando todo lo que pudiera cobijar en sus pensamientos. A causa de ella su visión se había vuelto borrosa. En rededor percibía grises y demás tonos despintados. Quería cubrirse de la luz, pero por más que forzara sus manos, no se movían ni un poco, tan sujetas estaban.

Miró su cuerpo, pero no había más que una negra oscuridad. Agitado, dio un respiro. El aire entró –algo había en su boca que lo obstruía– y pasó por su garganta reseca. Sintió el deseo de toser. Abrió la boca, pero aquello no salía y cada vez que tosía era como si se ahogara. Sacudió su cabeza con brusquedad en un intento que expelerlo. Lo sentía pegado a la lengua. Tosió con más fuerza, pero sólo logró empujar el obstáculo unos centímetros, suficiente para poder sujetarlo con los incisivos. Al morderlo lo notó blando. Su boca había quedado tapada.

Todo acontecía en un desagradable silencio. Mientras, desesperado, sentía que, por fin, sus manos se movían al hacer fuerza, y las ataduras se rompían poco a poco, no había percibido el menor sonido. Liberó sus antebrazos después de mucho esfuerzo. Una costra dura y quebradiza rodeaba sus muñecas. Elevó sus manos, ya no para cubrirse de la luz, sino para quitarse la pelota blanda de la boca. Sus dedos no tenían sensación, pero logró introducir la mayor parte de ellos en la boca para empujar el obstáculo a un costado, hacia la mejilla derecha. Entre sus dedos se abrió un surco que permitía pasar el aire directo a sus pulmones. Luego, con la otra mano se cubrió del infierno amarillo.

El resto de su cuerpo seguía preso, sin que pudiera moverlo. También parte de su nuca, en donde sentía un pequeño ardor. Cuando la sangre fluyó por sus manos, volvió el tacto y sintió los fragmentos de algo duro y vidrioso que se había quedado pegado a su piel. A lo largo de los antebrazos acarició una sustancia viscosa, de la cual resbalaban fragmentos quebradizos. Con la mano que no socorría su respiración, tanteó su cuerpo: Todo estaba preso por una película dura y, a la vez,

aceitosa.

No podía recordar nada. Centraba su atención en descifrar qué le había ocurrido, pero sin barajar ninguna posibilidad. Nada de lo que descubriría daba a su imaginación un poco de entendimiento. Nada a su alrededor tenía el menor sentido.

Algunos dedos de su mano derecha no funcionaban y estaban unidos. Se ayudó como pudo de esa garra para tomar, junto con la mano izquierda, la bola blanda, algo sólida en el interior, e intentar sacarla de cuajo. Le costó lograrlo, pues sus dedos resbalaban, pero con la mano izquierda dentro de la boca, agarrando toda la superficie del obstáculo, la mano derecha logró sujetar un costado y ayudar a tirar. Con esmero, arrastró el objeto desde el interior, sintiendo un dolor atroz en las mucosas del paladar. Intentó gritar, pero sólo tosió, unas tres veces. Levantó la bola hasta la altura de sus ojos y vio, sin definición, una garra pálida a contra luz, que sujetaba un óvalo gris.

Intentó arrancar las ataduras de su cuerpo, pero éstas era muy duras y sus manos resbalaban en lo que sea que lo cubría. Golpeó con los puños cerrados, sin lograr mucho.

Podía sentir los dedos de sus pies, moviéndose libres dentro de una sustancia blanda.

Usando el tacto, se dio cuenta de que no estaba apoyado en un cabezal; una estructura sólida rodeaba su lecho, como si estuviera dentro de pozo. Automáticamente, sin intención, pensó en una caja. La imaginó de madera. La imaginó oscura en su interior. Alargada, lo suficiente, al menos, para albergar un cuerpo. Sus dedos resbalaron en la superficie fría que lo rodeaba. La caja era de piedra.

Puso ambas manos a los costados, sobre los bordes, e intentó 'arrancarse' a sí mismo de la trampa. Una pared le impedía mover el codo derecho con libertad. De a poco, empezando por la nuca, fue despegando su espalda de la costra, negra a su vista, que lo aprisionaba. Como si se hubiera arrancado capas de piel, un dolor eléctrico, un cosquilleo de agujas frías y filosas, le recorrió la espalda. Gritó, y por único grito liberó un silbido muy débil, que pudo oír con uno de sus oídos. Al parecer, su oído derecho funcionaba. No se distrajo con éste nuevo descubrimiento, sino que se inclinó para sentarse, tomó un poco de aire, sintiendo aún el dolor en su espalda, y volvió a usar su fuerza para liberar su cadera. Escuchó la costra quebrarse. El dolor fue tal que, luego de liberado, cayó de espaldas. Algo gelatinoso y frío surgió por debajo de la costra y alivió el dolor en su espalda.

Elevó ambas manos hasta donde recordaba que tenía las orejas. Bajo la sien izquierda no había nada; un manojo blando de piel colgaba sobre su

mejilla. Del lado derecho reconoció parte del espiral de su oído. Esto lo perturbó. Por más que buscara, no halló su oreja izquierda. Tampoco lo encontró con la otra mano, cuyos dedos funcionaban a la perfección. Su corazón latió con fuerza. Abrió la boca para gemir, pero el esfuerzo sólo le valió volver a toser, lastimándole la garganta.

Con manos trémulas, repasó el borde que lo rodeaba: Un óvalo alargado. Una caja de piedra.

Sus piernas estaban flexionadas, con las rodillas levantadas. Le costó retirar los fragmentos duros que cubrían sus muslos con los dedos temblorosos, pero logró hacer un agujero en la parte de la costra frente a su pelvis. A partir de ahí pudo escarbar. La viscosidad con la que manchó sus dedos era, a primera impresión, amarilla. La piel de los muslos se había vuelto tan sensible que podía arrancársela con las uñas si no ponía cuidado. Cuando liberó las articulaciones, estiró sus piernas para sacar los pies. La costra volvió a crujir mientras le arrancaba la piel de las plantas.

El hombre se liberó de un golpe. Más piel había quedado atrapada dentro de la costra, pero algo le decía que ese era el menor de sus problemas. Al intentar levantarse, resbaló con los fluidos gelatinosos. En su vientre, un peso endurecido no le permitía flexionarse del todo hacia adelante. Sus manos rozaron un torso duro y renegrido. Acomodándose, se apoyó en la pared lateral, y así intentó erguirse, pero las rodillas le dolían. Algo crujía con un ruido espantoso en sus adentros.

No sabía dónde ir pues no sabía dónde estaba. Se quedó quieto, aspirando el aire humedecido, refrescando su garganta seca. No quería ir hacia la luz, pero no había otro lugar donde salir; tres inconmensurables paredes rodeaban su celda horizontal. Sacó un pie por el borde de piedra y perdió el equilibrio cuando el resto de su peso se abalanzó hacia la nada. El suelo estaba sucio. Por todas partes había regadas tiras de algo frágil, que su imaginación tradujo en papel. Papel negro mezclándose con sus manos viscosas. Había golpeado su cráneo contra un estructura dura. También había aplastado el lateral de su vientre hinchado. Un afluente líquido surgió de su garganta, saliendo sin resistencia de la boca cerrada. No podía sentir ningún tipo de sabor. Tampoco podía oler. Apenas, pensó, tengo un oído sano.

Oídos, tímpanos de cristal en lo profundo de la cavidad auditiva de cartílago y hueso. Un caracol amarillo en un libro de anatomía. Las orejas, el complejo embudo de piel circundante, ausente de ambos lados. Mutilado.

Se levantó, primero intentando usar su cuerpo, luego apoyándose en que lo que fuera que tuviera cerca. Una de sus piernas no resistía muy bien el peso de su cuerpo. Frente a él, una sombra se balanceaba. Su mano izquierda tocó una superficie lisa, fría. Era su sombra, moviéndose con él.

Al tiempo, comprendió que la sombra era su reflejo y que su cara era oscura.

Los dedos sanos buscaron, con miedo, reconocer sus facciones. No tenía parpados. No tenía nariz. Tampoco labios cubriendo sus dientes. Su piel se había convertido en costra renegrida. Volvió las manos hasta sus oídos: había un agujero profundo dentro de lo que quedaba de la oreja derecha. Lágrimas inundaron sus globos oculares. Miró sus manos. Podía ver con más claridad ahora. Sus pálidas manos cubiertas de grasa y ceniza. Sus antebrazos carbonizados, con grietas donde asomaba la carne violeta. Frente al espejo, se arrancó el cartílago colgante que antes había sido su nariz. Un miasma rosa surgió desde el hueco nasal, corriendo ligero y viscoso. Cuando su nariz estuvo libre del fluido, el olor a carne quemada lo invadió.

Miró su lecho. El molde carbonizado donde se abría la silueta de su cuerpo. Los rastros de la piel de su espalda entre la grasa amarilla. En el centro del techo carbonizado, se derretía una mancha circular de pequeñas gotas ocres.

Volvió a mirarse en el espejo. Era un cadáver, un cuerpo muerto o que debería haber muerto.

Un grito desgarrador provino desde el centro de su matriz cerebral. Un recuerdo tan agudo que lo hizo tomar acción.

Se dio vuelta y cojeó hasta la puerta, tropezando con una lata de querosén entre las cenizas. Salió del baño. En el departamento de paredes blancas estaba encendida la televisión. Imágenes nocturnas de París, pérdidas entre luces ensoñadoras. La música era leve. El hombre cojeó hasta donde, recordaba, encontraría la cocina. Su apurado reflejo surcó el espejo de cuerpo entero del living, con el cual solía ayudarse para atarse las corbatas de seda azul. No necesitó encender la luz para hallar el portador de cuchillos, sobre la mesada. Allí mismo se abrió el vientre, haciendo surgir sus gruesos intestinos, grises y cocidos en sus propios jugos. Desordenadamente cortó y arrancó un gran tramo del colón bajo, que le impedían moverse con soltura. Dejó caer el cuchillo al suelo y caminó de vuelta al living. En uno de sus pies llevaba arrastrando la planta de piel traslucida, como un zapato viejo al que se le ha despegado la suela.

La televisión había caído al suelo. La pantalla quebrada tenía una huella alargada de sangre seca. El sillón de dos plazas también estaba manchado sobre el respaldo. Del otro lado estaba Gladys. Sus piernas desnudas sobre un cojín del sillón y el torso desparramado en el suelo, sobre un charco rojo. Su rostro era tan bello. Aún muerta, su cabello seguía en

perfecta simetría el contorno del largo cuello.

El asunto, cría verlo claro ahora, había comenzado en la habitación. La luz estaba encendida. En la cama había un desastre de camisas y ropa íntima. Él se movió por el suelo recubierto de terciopelo marrón. Diminutas, casi imperceptibles, vio dos gotas secas y oscuras entre la fibra de la alfombra.

Cubrió su cuerpo carbonizado con un sobretodo de tela gris (el que ya casi nunca usaba porque había perdido el botón del cuello) y se tapó el cráneo, en el que aún quedaba una corona de pelo desteñido, con un sombrero negro de ala ancha. A su paso dejaba un rastro de grasa y copos negros de carbón. Salió al pasillo y su oído percibió el ajetreo de los demás departamentos. Bajó por las escaleras. En el hall, un anciano le comunicaba a dos oficiales que había oído un grito de mujer en el piso de arriba. Los oficiales miraron al extraño que salía cubierto de la cabeza a los pies, arrugando el rostro por el olor, pero sin llamarle la atención.

Fuera, la calle a ambos lados estaba casi vacía. El día era tan brillante que de no llevar el sombrero, lo habría cegado. Caminó sin rumbo por la avenida. Recordaba donde se encontraban los negocios, las calles cerradas, pero la luz que le devolvían las paredes era intensa. Cruzó la calle, sin esperar el cambio del semáforo, y casi es atropellado por una motocicleta. Llegó al puente rojo, donde los enamorados y las familias se detienen a observar los patos del lago. Sus huellas eran amarillas, como la grasa que le escurría de las pantorrillas.

Una a una fueron sumándose las enormes moscas que le seguían el paso. Vio el parque, cubierto de verde natural. Dos ancianos comían manzanas en un banco. Una mujer joven hacía ciclismo. Un pequeño grupo de palomas descansaba a la sombra de un árbol viejo. Recordaba ese árbol. La corteza desecha en corazones y nombres imposibles de recordar. Miró el lago. Recordaba los patos, pero no podía verlos; sus ojos volvieron a secarse por acción del viento. Ya todo a su alrededor no era más que un sueño difuso.

Dejó caer el sombrero. Se quitó el sobretodo, ayudado por la fuerte brisa, y caminó hacia el lago. Escuchó las voces exclamando, los gemidos de horror, pero siguió. Podía sentir como la carne se le deshacía de a poco, casi sin dolor. Ya no sentía el pecho. Sus manos temblaron, no de temor, sino por la pérdida gradual de sensación. Estoy muerto, pensó. Así como el viento lo había ayudado a desvestirse, fue quitándole la carne astillada en escamas de cenizas, hasta que la multitud fue testigo del blanco que asomaba en las articulaciones.

Quiso decirle cuánto la amaba. Si tan sólo ella supiera cuánto la amaba.

Pero no todo dura para siempre.

Metió la pierna izquierda en el agua. A duras penas distinguió el arco del puente sobre él. La luz del sol era fuerte, pero no importaba. La pierna derecha no servía. Se dejó caer al agua, entre los nenúfares, que tan bien se ven en la noche con las luces artificiales. Escuchó el aleteo de los patos que huían. Luego el silencio.